



Historia

ISSN: 0073-2435

revhist@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile
Chile

SERRANO DEL POZO, GONZALO

JAIME ROSENBLITT (ed.), Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales

Historia, vol. I, núm. 47, enero-junio, 2014, pp. 1-4

Pontificia Universidad Católica de Chile

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33431442019>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

RESEÑAS

JAIME ROSENBLITT (ed.), *Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales*, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 2013, 389 páginas.

Este libro es el resultado de un seminario académico realizado como parte de las actividades destinadas a conmemorar el Bicentenario de la Independencia de Chile. El objetivo era aprovechar la ocasión para estudiar este acontecimiento de manera amplia y exhaustiva.

La obra reúne los trabajos de quince autores, entre los cuales destaca la participación de historiadores peruanos, argentinos, mexicanos, cubanos, franceses, alemanes y, por supuesto, chilenos. Cada uno, salvo Annick Lampérière a cargo de la presentación, revisó la Independencia desde sus historias particulares. De esta forma, nos encontramos con artículos que presentan los casos de Estados Unidos, México, Colombia, Brasil, Perú y Chile. He aquí una de las principales virtudes de este libro, pero también una de las debilidades.

Entre las virtudes de las diversas temáticas que se estudian en esta compilación, nos quedamos con tres líneas que son transversales a algunos trabajos y que refuerzan, o cambian, algunos de los paradigmas tradicionales que existen sobre la Independencia. Estas son: el rol de los indígenas en el proceso; la claridad conceptual de los actores y la supuesta popularidad del movimiento; y, en tercer lugar, la pregunta sobre si se puede hablar de revolución.

Sobre el primer punto, el rol de los indígenas, destacamos las investigaciones de Scarlett O'Phelan, Leonardo León y Horst Nischack. El artículo de O'Phelan deja en evidencia cómo la participación en uno u otro bando, lejos de estar dividida en dos facciones claramente definidas –criollos y realistas–, estuvo matizada de acuerdo a intereses personales, regionales, sociales y económicos. Quizás el caso más llamativo sea el del cacique Mateo García Pumacahua, quien dio varias demostraciones de fidelidad al monarca, las que finalmente le costaron la vida. Sin embargo, y contrario a sus aspiraciones, el virrey Abascal no se interesó por la élites indígenas, sino por las criollas, y en ellas buscó apoyo para el control de zonas que eran tentadas por el influjo independista. Las expresiones de júbilo con que fue recibido el virrey La Serna en Cuzco comprueban la complejidad del proceso y las fuertes lealtades que existieron hacia el monarca hasta 1830. Sin embargo, la abundante carga impositiva que aplicó el virrey, desgastó la relación. Esto, sumado a los triunfos de Bolívar y su llegada al Cuzco, cambiaron la posición a favor de la Independencia.

De forma similar, el artículo de Leonardo León (aunque muy extenso para los parámetros del libro), complementa la investigación de O'Phelan, ya que deja en evidencia las razones que llevaron a los indios a aferrarse, hasta el último momento, al sistema monárquico, y por qué este los apoyó en sus denuncias contra los abusos de la

elite criolla. Los procesos judiciales reseñados en este artículo demuestran, en primer lugar, que hubo una serie de tensiones sociales entre la plebe indígena y el patriciado. Asimismo, queda en evidencia su fuerte presencia en el valle central. En tercer lugar, se prueba el grado de conciencia que tuvieron de los derechos que les otorgó la monarquía. Su presencia en tierras fértiles despertó el interés del patriciado, el cual, ante un aparato judicial que protegía a los indios, buscó la usurpación de sus tierras por intermedio de la criminalización, aunque de manera infructuosa. La protección judicial a los indios y el rechazo de estas causas revela la tensión entre la elite y la Corona, que veía en aquellos un grupo de apoyo, en un escenario que se aventuraba cada vez más complejo. A partir de estos antecedentes, se explica por qué, al momento de llevarse a cabo la formación de una Junta, uno de las primeras medidas que esta tomó fue la eliminación de privilegios y fueros a favor de los indígenas. La Independencia era una “hecatombe” (p. 326) para los indios; de ahí que lucharán por frenarla hasta el final.

El trabajo de Nischack refuerza esta idea y comprueba que, al parecer, uno de los grupos más perjudicados a raíz de la ruptura con la monarquía fue, paradójicamente, el de los indios. Este autor analiza el caso de Brasil y las dificultades que tuvo para lograr una legitimación histórica y cultural durante la formación de esta nación. Ante la ausencia de un pasado épico, se optó por la naturaleza y la figura del indio como el medio ideal de identificación. Pero advierte: “Las élites brasileñas, evidentemente no ven ningún problema en incluir al indio en el imaginario de la nación, pero excluyéndolo al mismo tiempo, no solo como ciudadano, sino cuestionando hasta su derecho a vivir” (p. 56).

El segundo punto —la claridad conceptual de los actores y la popularidad del movimiento— es uno de los aspectos trabajados por Annick Lempérière, Gabriel Di Meglio, Waldo Ansaldi y Emilio Martínez. La autora francesa establece en la presentación que no se puede determinar, por ejemplo, cuál fue la idea que se tuvo respecto al concepto de nación. Se trataba solo de un concepto nuevo y minoritario que, además, se fue secularizando.

En esta misma línea, Martínez reflexiona sobre el concepto de soberanía y su importancia para el liberalismo mexicano. El trabajo lo realiza a partir de las discusiones que se desarrollaron para la redacción del texto constitucional. En estas queda en evidencia cómo fueron variando las acepciones de conceptos como independencia y soberanía a lo largo del tiempo. El autor concluye que, mientras en España y Europa la expresión soberanía nacional se comprende en su primera acepción como garantía de libertad política del pueblo frente a una eventual tiranía de sus propios gobernantes, en México, y quizás en gran parte de Latinoamérica, se comprende como el bien de la integridad nacional frente al peligro de la agresión extranjera, como la independencia de las demás naciones. Si para España el principal atentado contra la soberanía era el despotismo, para México lo era la intervención extranjera.

Sobre el carácter popular del movimiento, Di Meglio y Ansaldi revisan ambos puntos utilizando como referencia lo vivido en Buenos Aires. Para el primero, la revolución fue popular principalmente porque el proceso fue llevado a cabo por hombres influyentes —alcaldes y vecinos destacados, etc.— capaces de convocar a una gran cantidad de personas, y por su carácter antiespañol. A esto se suman otros factores como la fiesta

política, de enorme popularidad y transversalidad. Asimismo, la tendencia igualitaria del movimiento, materializado en la disolución del sistema de castas, fue una fuerte motivación, a lo que se agrega el clientelismo, como otro factor de movilización.

Di Meglio menciona la politización de espacios de sociabilidad, como el mercado, calles y pulperías, como un factor que afianzó la participación del bajo pueblo en los asuntos públicos. No obstante, su compatriota Waldo Ansaldi advierte que, en el caso rioplatense, también abundan los testimonios sobre la apatía, indiferencia y deserción respecto al movimiento. Finalmente, lo interesante del proceso es que, conseguido el apoyo popular a la revolución y una vez que esta se logró, la élite puso en práctica una serie de mecanismos para controlar y aplacar esta participación, incómoda frente al nuevo orden político que se buscó imponer.

Por último, respecto al carácter revolucionario de la independencia, la mayoría de los autores coinciden en reforzar la idea de que no se puede hablar de una revolución propiamente tal. Ansaldi afirma que en el caso argentino esta no se dio, considerando que no hubo cambio en las estructuras sociales ni políticas: “el potencial emancipador fue redireccionado por los sectores conservadores [...] sin que se produjeran, en simultáneo, cambios radicales en la estructura social” (p. 100). Las revoluciones, asegura el autor, donde las hubo, fueron políticas y, al concluir el largo proceso de construcción estatal, fueron *revoluciones pasivas dependientes*. Los grupos subalternos bajo la Colonia siguieron en la misma condición bajo la República.

De manera similar, pero visto desde la óptica militar y económica, Alfonso León explica que, a diferencia de lo que sucedió en Europa, “las guerras de la independencia, por el contrario, no lograron construir transformaciones y desarrollos económicos de gran envergadura” (p. 180).

Juan Luis Ossa, también dedicado al estudio de los ejércitos, específicamente del caso chileno, advierte la complejidad del concepto. Su hipótesis es que el espíritu autonomista, más que el independentista, fue el que primó durante el primer periodo, entre 1810 y 1814, “se podía ser revolucionario (y autonomista) sin ser necesariamente independentista” (p. 338). Sin embargo, y a diferencia del resto de los autores, concluye que la revolución hispanoamericana, en general, y la chilena, en particular, pueden considerarse dentro de las revoluciones transatlánticas, entendiendo que el proceso revolucionó el sentido de la convivencia política: “La revolución introdujo profundos cambios en el sistema político chileno, dando pie a que nuevos actores participaran del régimen republicano” (p. 370).

Por último, Sol Serrano, encargada de cerrar el libro, afirma que los actores del periodo sintieron que la Independencia era una revolución. Sin embargo, más allá de esta sensación de sus protagonistas, la autora aclara que la Independencia chilena no fue una revolución social ni un movimiento popular, sino una ruptura política que se dio en el imaginario de la elite.

Respecto a las debilidades de la obra, faltó una mirada general que diera unidad al trabajo y que destacara los denominadores comunes de cada uno de los artículos. No basta con la declaración de objetivos señalados al comienzo, era necesario determinar de qué forma estos se cumplieron a lo largo del trabajo. Finalmente, y desde el punto de vista historiográfico, aunque el libro representa un aporte al estudio sobre la

Independencia, al intentar incorporar las experiencias de otros países, los historiadores todavía estamos en deuda.

La primera deuda es en relación con América Central y las Guayanas. Se trata de una zona que todavía resulta invisible para los historiadores de América del Sur. Esto a pesar de que no es posible comprender el proceso en su real magnitud si es que no se pone atención a cómo se desarrolló este espacio y cómo pudo haber influido, si es que lo hizo, en el resto del proceso.

La segunda deuda es hacia el resto de la sociedad que no es especialista. Lamentablemente, muchas de las conclusiones a las que se ha llegado en este último tiempo no han sido traspasadas al aula y la visión general sobre la Independencia sigue siendo maniquea y simplista. De la misma forma como la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos logró convocar a un número tan selecto de investigadores, hay que buscar la forma de establecer vínculos con la sociedad para que el resultado de estas valiosas investigaciones no quede enclaustrado en un libro hecho por y para especialistas. Esa es una tarea que nos involucra a todos.

GONZALO SERRANO DEL POZO
Universidad Andrés Bello